

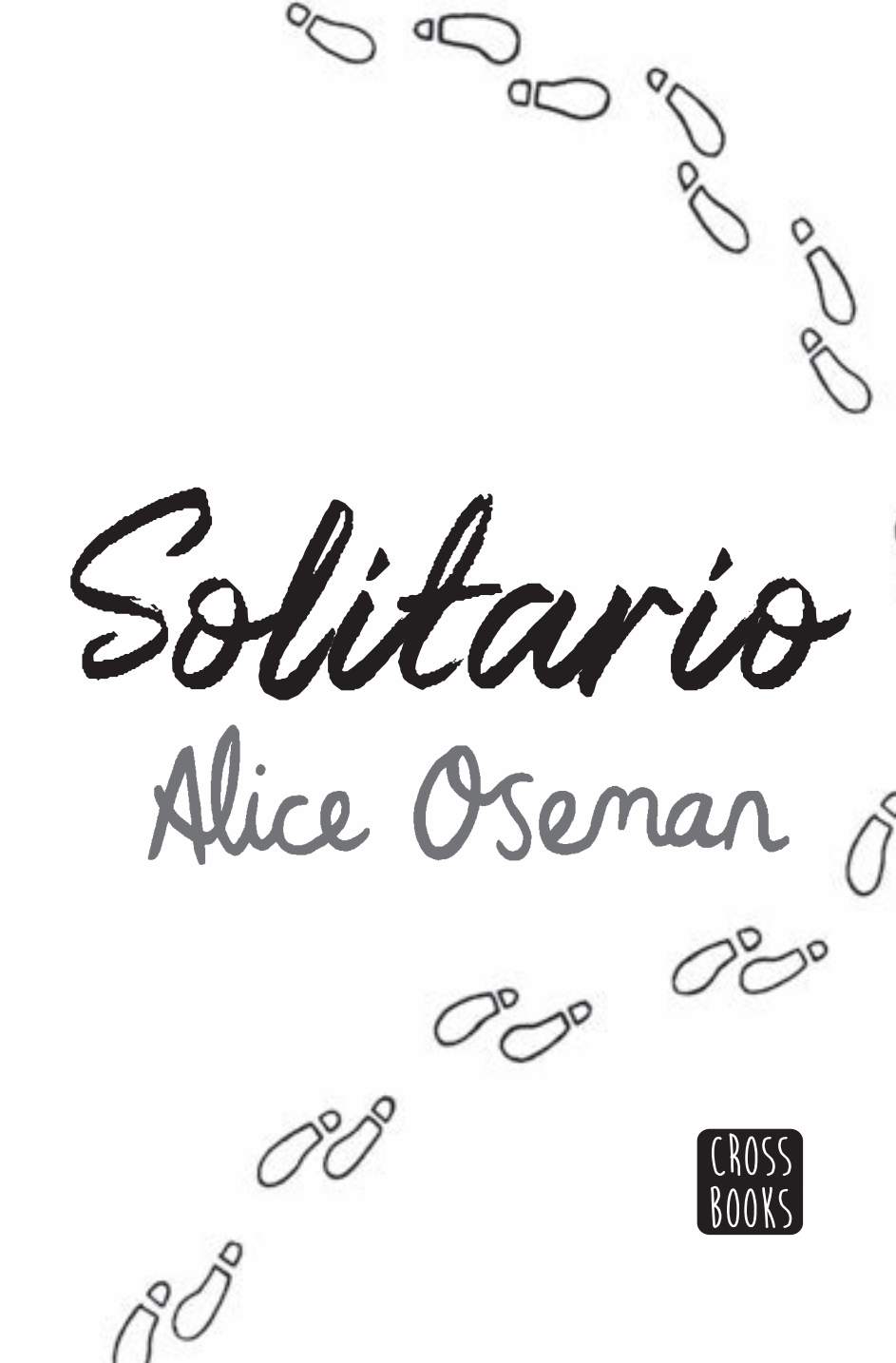
SOLITARIO

Una novela de
HEARTSTOPPER



ALICE OSEMAN

booket

A series of hand-drawn footprints in a simple, sketchy style are scattered across the page. Some are at the top, some at the bottom, and some on the right side, creating a sense of movement or a path. The footprints are of varying sizes and orientations, suggesting a trail left by someone walking.

Solitario

Alice Oseman

CROSS
BOOKS



La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

Título original: *Solitaire*

© del texto: Alice Oseman, 2014

© de la traducción: Victoria Simó Perales, 2023

Traducido bajo la aprobación de HarperCollins Ltd.

© Editorial Planeta, S. A., 2023

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

www.planetadelibros.com

Adaptación de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta

Ilustración de la cubierta: © Alice Oseman

Primera edición en Colección Booket: marzo de 2025

Depósito legal: B. 3.642-2025

ISBN: 978-84-08-29978-3

Impresión y encuadernación: CPI Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

UNO

Al entrar en el aula, soy consciente de que la mayoría de los presentes está para el arrastre, incluida yo. Sé de buena tinta que la depre posnavideña es totalmente normal; a mucha gente le entra el bajón después de la época «más feliz» del año. Sin embargo, yo no me siento muy diferente a como me sentía en Nochebuena o en Navidad o cualquier otro día desde que comenzaron las fiestas. He vuelto y empieza otro año. Nada va a cambiar.

Me quedo allí parada. Becky y yo nos miramos.

—Tori —me dice—, parece que estás a punto de cometer suicidio.

Ella y el resto de nuestro grupito están desparramadas en las sillas giratorias que hay en la zona de los ordenadores. Como es el primer día, las alumnas de bachillerato se han esmerado a tope con el pelo y el maquillaje, y al instante me siento incómoda.

Me desplomo en una silla y asiento con resignación.

—Es curioso que digas eso, porque no vas muy desencaminada.

Me mira de nuevo sin verme en realidad y nos reímos, aunque no tiene gracia. Entonces Becky se da cuenta de que

no estoy de humor para nada y se marcha. Me recuesto sobre los brazos y empiezo a dormir.

Me llamo Victoria Spring. Será mejor que os confiese que tiendo a montarme películas en la cabeza, historias que luego me entristecen. Me gusta dormir y bloguear. Algún día me moriré.

En la actualidad, es probable que Rebecca Allen sea mi única amiga de verdad. También es mi mejor amiga, supongo. Todavía no tengo del todo claro si una cosa implica la otra. En cualquier caso, Becky Allen lleva el pelo muy largo y teñido de morado. Me he dado cuenta de que si tienes el pelo morado, la gente se fija en ti, lo que acaba por convertirte en alguien muy conocido y popular en el ambientillo adolescente; la típica alumna a la que todo el mundo dice conocer, aunque no hayan intercambiado ni dos palabras con ella. Becky tiene un montón de seguidores en Instagram.

Justo ahora está hablando con otra chica de nuestro grupo, Evelyn Foley. La gente considera que Evelyn es «alternativa» porque se peina con el pelo revuelto y lleva collares chulos.

—Pero la verdadera pregunta —dice Evelyn— es si existe tensión sexual entre Harry y Malfoy.

No estoy segura de que a Becky le caiga bien Evelyn. A veces pienso que las personas únicamente fingen caerse bien.

—Solo en un fánfic, Evelyn —responde Becky—. Te agradecería que guardaras tus fantasías en tu historial de búsquedas.

Evelyn se ríe.

—Pero Malfoy ayuda a Harry al final, ¿no? Muy en el fondo es majo, ¿verdad? Entonces, ¿por qué se pasa siete años acosando a Harry? Porque no quiere reconocer que le gusta. —Da una palmada para enfatizar cada palabra, aun-

que en realidad no está enfatizando nada—. Está demostrado que tendemos a tomarla con las personas que nos gustan. En este caso, la psicología no deja lugar a dudas.

—Evelyn —replica Becky—, en primer lugar, me repatea esa idea tan ñoña de que Draco Malfoy sea una bella persona con el alma torturada en busca de redención y comprensión. Es un racista de manual. En segundo lugar, la idea de que acosar a alguien tiene que ver con que te guste es, en resumen, la base de la violencia de género.

Evelyn parece horrorizada.

—Es solo un libro, no la vida real.

Tanto Becky como Evelyn se vuelven a mirarme. Me lo tomo como una invitación para que aporte algo a la conversación. Me incorporo.

—Personalmente, creo que Harry es un mierdas. Ojalá pudiéramos pasar de este tema.

Becky y Evelyn me miran. Creo que les he arruinado la conversación, de modo que mascullo una disculpa y me levanto de la silla para cruzar a toda prisa la puerta del aula. A veces odio a la gente. Seguro que es un sentimiento muy malo para mi salud mental.

En nuestra ciudad hay dos escuelas de secundaria: la Harvey Green Grammar School para chicas o «Higgs», como la llama todo el mundo, y la Truham Grammar School para chicos. Pero las dos aceptan cualquier género en los cursos de bachillerato, que son opcionales y te preparan para el examen avanzado. De modo que ahora estoy en primero de bachillerato y he tenido que enfrentarme a una afluencia repentina de chicos. Los chicos de Higgs son algo así como criaturas míticas, y tener novio te coloca en los peldaños más altos de la jerarquía social; en mi caso, si pienso o hablo de-

masiado de «chicos», empiezan a entrarme ganas de pegarme un tiro.

Y aunque me importaran esas cosas, tampoco es que tengamos muchas posibilidades de hacernos las interesantes, gracias al espectacular uniforme de la escuela. Por lo general los alumnos de bachillerato no llevan uniforme, pero en Higgs nos obligan a usar uno horripilante. La temática es gris, así que pega un montón con este sitio tan aburrido.

Llego a mi taquilla y encuentro una nota autoadhesiva rosa pegada a la puerta. Alguien ha dibujado en ella una flecha que apunta a la izquierda, como para sugerirme que mire en esa dirección. Irritada, vuelvo la cabeza. Hay otra nota unas taquillas más allá. Y otra más en la pared del final del pasillo. Los demás pasan de largo sin prestarles la más mínima atención. Imagino que la gente no es observadora. Eso o se la pela todo. Me identifico con lo último.

Despego la nota de mi taquilla y me dirijo a la siguiente.

En ocasiones me gusta entretenerme con cosas pequeñas que a los demás no les preocupan. Me hace sentir que hago algo importante, aunque solo sea porque nadie más lo hace.

Esta es una de esas ocasiones.

Empiezan a aparecer notas autoadhesivas por todas partes.

La penúltima que encuentro muestra una flecha que apunta hacia delante y está pegada a la puerta cerrada de la sala de informática que hay en la planta baja. Una tela negra tapa el ventanuco.

Precisamente esta sala de informática, la C16, está cerrada desde el año pasado porque la están remodelando, pero no parece que nadie haya empezado a trabajar. Me da un poco de pena, no sé por qué; aun así abro la puerta de la C16 y la vuelvo a cerrar una vez dentro.

Hay un gran ventanal que abarca toda la pared del fondo y los ordenadores de esta sala son antediluvianos. Tipo mazacote. Al parecer, he viajado en el tiempo a 1990.

Encuentro la última nota en la pared del fondo, con una dirección de internet:

SOLITARIO.CO.UK

El solitario es un juego de cartas que se practica a solas. Yo siempre jugaba en las clases de informática y seguramente contribuyó más a mi inteligencia que haber prestado atención.

En ese momento, alguien abre la puerta.

—Madre mía, estos ordenadores son tan viejos que deben de ser ilegales.

Me doy la vuelta lentamente.

Hay un chico parado delante de la puerta cerrada.

—Juraría que oigo el tono fantasmagórico del módem —dice mientras mueve los ojos despacio; después de varios segundos, termina por caer en la cuenta de que hay alguien más en la habitación.

Es un chico normal y corriente, ni feo ni guapo. Su rasgo más llamativo son las gafas de pasta, grandes y cuadradas, de esas que hacen que parezca que llevas unas gafas para ver una peli en 3D. Es alto y lleva la raya del pelo a un lado. En una mano sostiene una taza; en la otra, un papel y su agenda escolar.

A medida que estudia mi cara, sus ojos se abren como platos y juro por Dios que duplican su tamaño. Se abalanza sobre mí como un león, con un gesto tan feroz que yo trastabillo hacia atrás por miedo a que me espachurre. Se inclina hacia delante hasta que su cara queda a unos centímetros de la mía. A través de mi reflejo en esas gafas estrafalarias, advierto que tiene un ojo azul y otro verde: heterocromía.

Sonríe sin venir a cuento.

—¡Victoria Spring! —exclama mientras levanta los brazos. Yo no digo ni hago nada. Me duele la cabeza—. Eres Victoria Spring —dice. Me planta el papel en la cara. Es una fotografía. Mía. Debajo dice, con letras minúsculas: Victoria Spring, 4.º A. Estaba expuesta junto a la sala de profesores. En cuarto de secundaria fui delegada de curso, porque nadie más quería serlo, más que nada, y porque alguien me propuso. Sacaron fotos de todos los delegados. La mía es un horror. Me la hicieron antes de cortarme el pelo, así que medio recuerdo a la niña de *The Ring*. Es como si no tuviera cara. Miro al ojo azul.

—¿La has arrancado del tablón?

Da un paso atrás, rebajando su invasión de mi espacio personal. Exhibe una sonrisa maníaca.

—Le prometí a alguien que lo ayudaría a encontrarte. —Se da golpecitos en la barbilla con la agenda escolar—. Un chico rubio... con pantalones de pitillo... Iba por ahí como si se hubiera perdido...

No conozco a ningún chico y menos a uno rubio con pantalones de pitillo. Me encojo de hombros.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Él replica mi gesto.

—No lo sabía. He entrado al ver la flecha de la puerta. Me ha parecido la mar de misteriosa. ¡Y aquí estás! ¡Qué giro del destino tan gracioso!

Toma un sorbo de su bebida.

—Te he visto antes —asegura, todavía sonriente.

Me sorprende a mí misma observando su rostro con recelo. Seguramente debo de haberme cruzado con él por los pasillos en algún momento. Aunque me acordaría de esas gafas tan horribles.

—Tu cara no me suena de nada.

—No me sorprende —responde—. Estoy en segundo de

bachillerato, de modo que no tendrías por qué haberte fijado en mí. Además, solo estudio aquí desde septiembre. Antes iba al Truham. —Misterio resuelto. Cuatro meses no bastan para que recuerde una cara—. Bueno —continúa—, ¿de qué va esto?

Me retiro a un lado y señalo sin entusiasmo el papel pegado a la pared del fondo. Lo alcanza para despegarlo.

—Solitario.co.uk. Interesante. Bueno, supongo que podríamos arrancar un ordenador para ver de qué se trata, aunque probablemente moriríamos antes de que cargara el Explorer. Me juego cualquier cosa a que todos funcionan con Windows 95.

Se sienta en una de las sillas giratorias y se queda mirando las afueras que se extienden al otro lado de la ventana. Todo se encuentra iluminado como si estuviera en llamas. Se ven los límites de la ciudad, que se pierden en el campo. Se fija en que yo también estoy observando el paisaje.

—Es como si te llamara, ¿no? —Suspira—. Esta mañana, de camino al cole, me he cruzado con un anciano. Estaba sentado en la parada del autobús, llevaba unos auriculares y se golpeteaba las rodillas con las manos al mismo tiempo que miraba al cielo. ¿No te parece alucinante? Un viejo con auriculares. Me gustaría saber qué escuchaba. La gente diría que oía música clásica, pero podría ser cualquier cosa. Me pregunto si sería música triste. —Cruza los pies sobre la mesa—. Espero que no.

—La música triste mola —digo—, con moderación.

Se gira con silla y todo para mirarme y se endereza la corbata.

—Está claro que eres Victoria Spring, ¿no?

Debería ser una pregunta, pero lo dice como si me conociera de toda la vida.

—Tori —lo corrijo, adoptando adrede una voz monótona—. Me llamo Tori.

Hunde las manos en los bolsillos de la chaqueta.

Yo me cruzo de brazos.

—¿Habías estado aquí antes? —pregunta.

—No.

Asiente.

—Interesante.

Agrando los ojos y sacudo la cabeza.

—¿Qué?

—¿Qué de qué?

—¿Qué te parece interesante? —Mi voz no podría sonar menos interesada.

—Los dos hemos venido en busca de lo mismo.

—¿Y qué es?

—Una respuesta. —Enarco las cejas. Él me mira a través de las gafas—. ¿A ti no te divierten los misterios? —pregunta—. ¿No te emocionan?

Entonces comprendo que no es así. Me doy cuenta de que podría salir de aquí y literalmente no volvería a pensar ni en solitario.co.uk ni en este chico plasta y gritón.

Pero me dan tanta rabia sus aires de superioridad que saco el teléfono del bolsillo, escribo solitario.co.uk en la barra de direcciones de internet y abro la página.

Lo que aparece casi me arranca una carcajada: es un blog vacío. Supongo que será obra de un trol.

Es el día más absurdo de mi vida. Le planto el teléfono en las narices.

—Misterio resuelto, Sherlock.

Al principio sigue sonriendo de oreja a oreja, como si yo estuviera bromeando, pero en cierto momento posa los ojos en la pantalla y me arranca el móvil con cara de estar flipando.

—Es... un blog... vacío... —dice, no a mí, sino a sí mismo. Y de repente (no sé a cuento de qué) me da muchísima pena. Porque, jo, parece tan triste... Sacude la cabeza y me devuel-

ve el teléfono. No sé qué hacer, de verdad. Cualquiera pensaría que se le ha muerto alguien.

—Bueno, pues... —Arrastro los pies sin moverme del sitio—. Casi que voy a volver a clase.

—¡No, no, espera!

Se levanta de un salto. Ahora estamos cara a cara. Un silencio incomodísimo nos envuelve.

Me escudriña, entrecierra los ojos y observa la fotografía. Me mira de nuevo y luego mira la foto otra vez.

—¡Te has cortado el pelo!

Me muerdo el labio para tragarme el sarcasmo.

—Sí —respondo con sinceridad—. Es verdad, me he cortado el pelo.

—Lo llevabas muy largo.

—Sí, sí que lo llevaba largo.

—¿Por qué te lo has cortado?

Fui sola de compras hacia el final de las vacaciones de verano porque necesitaba unas cuantas cosas para el cole. Mis padres siempre estaban liados y yo necesitaba desconectar. Lo que no tuve en cuenta es que soy un desastre para las compras. Mi vieja mochila estaba para tirar, así que di una vuelta por las tiendas más chulas: River Island, Zara, Urban Outfitters, Mango y Accesorize. Pero las mochilas bonitas costaban como cincuenta libras, así que lo dejé correr. Entonces fui a las baratitas —New Look, Primark y H&M—, pero no encontré nada que me gustara. Me pateé un millón de veces todas las tiendas donde vendían las malditas mochilas antes de sufrir una pequeña crisis nerviosa en un banco que había al lado de un Costa Coffee, en mitad del centro comercial. Pensé en el principio del curso y en todas las cosas que tenía por hacer, en las personas nuevas con las que me tocaría relacionarme y hablar. Vi mi reflejo en un escaparate de Waterstones; la melena me tapaba casi toda la cara y quién nari-

ces querría hablar conmigo viéndome con esa pinta. Empecé a notar todo ese pelo en la frente y las mejillas, cómo se me pegaba a los hombros y a la espalda, cómo se arrastraba en torno a mí como asfixiantes lombrices asesinas. Se me aceleró la respiración, así que me acerqué a la primera peluquería que encontré y pedí que me lo cortaran a la altura de los hombros y me despejaran la cara. La estilista no quería, pero insistí. Me gasté el dinero para la mochila en un corte de pelo.

—Me apetecía llevarlo más corto —respondo. Se me acerca y yo retrocedo.

—Tú nunca dices lo que piensas, ¿verdad? —me suelta.

Me río de nuevo. Es una patética expulsión de aire, pero en mi caso se puede considerar una risa.

—¿Quién eres?

Se queda paralizado, inclinado hacia atrás, abre los brazos de par en par como si fuera Jesús de regreso a la Tierra, y anuncia, con una voz profunda y sonora:

—Me llamo Michael Holden. Michael Holden.

—¿Y quién eres tú, Victoria Spring?

No se me ocurre nada que decir porque esa sería mi respuesta: nada. Soy un vacío. Estoy hueca. No soy nada.

La voz del señor Kent resuena de pronto por la megafonía. Doy media vuelta y miro el altavoz mientras su voz atruena:

—Por favor, que todos los alumnos de bachillerato se dirijan a la sala de estudiantes para una asamblea rápida.

Cuando vuelvo la vista hacia el chico, la habitación está vacía. Me quedo pegada a la moqueta. Abro la mano y descubro en ella la nota de solitario.co.uk. No sé en qué momento ha pasado de la mano de Michael Holden a la mía, pero allí está.

Y eso es todo, supongo. Así es como comienza.